

SERMÓN DEL PADRE AGUSTÍN ARREDONDO, S. J.

En la celebración anticipada de nuestro Patrono San Fernando, la liturgia de la Iglesia propone este año a nuestra consideración un par de episodios que, aunque bien distintos, confluyen en una y misma realidad nuestra.

"CIUDAD CATÓLICA" habla de unidad de humanos para un fin deseable a través de los medios determinados por quien colectiva o singularmente la dirige: por el poder o autoridad, que por ser ciudad es propia de hombres de este mundo, y por ser católica lo es también de otro foro superior.

Pues bien: la llegada de Agripa a Cesárea para cumplimentar el incipiente gobernador de Judea Porcio Festo, pone en claro la validez del recurso de Pablo ante el emperador de Roma (Nerón ya), y el reconocimiento de la suprema autoridad de éste por quien en Judea era sólo un delegado suyo.

Acostumbrados estaban allí en aquella época a trances en que el poder profano, no contento con reconocer del César lo que es del César arrebatava desafortadamente a Dios lo que es de Dios. Porque unos veinte años antes es el padre de este Agripa el asesinato de nuestro Santiago. Y otro decenio largo antes, mandaba (y ¡cómo!) en la Judea un antecesor de Festo, por nombre Poncio Pilato. Éste oyó decir al Hombre más grande de la historia que no tendría potestad alguna si no se le hubiera dado desde arriba (Jo. 19, 11). Porque no hay poder verdadero que de Dios no venga; y si es voluntad suya que demos al César lo que es del César, resulta también irrefragable que en último término el César también es de Dios.

La lectura evangélica, por su parte, nos habla de ese otro poder, que dado totalmente a Cristo en el cielo y en la tierra (Mt. 28, 20) lo transmite al apóstol Pedro para el gobierno supremo de la Iglesia. Así nos lo legó el apóstol Juan en su adición al último capítulo, después de haber redondeado su obra evangélica con el epílogo del capítulo anterior.

Apacentar corderos y ovejas no hay duda de que es lo mismo que regir o gobernar. Tal metáfora era usual de siempre; y más a la vista de la promesa y anuncio de tal primacía en San Mateo (16, 16), y del protagonismo de Pedro sobre los otros once en el Evangelio, y del reconocimiento que de ello se le tributa ya en la primitiva Iglesia. Avala asimismo tal sentido la literatura profana: "pastor de pueblos" es el título con que Homero llama en la Iliada repetitivamente al rey Agamenón muchos siglos antes de Cristo. En fin, en versión oficial de la Iglesia hemos recitado secularmente el salmo 22, que empieza con las conocidas palabras "El Señor es mi pastor", después de haber retocado recientemente la anterior expresión con la que afirmábamos literalmente regit me, con práctica sinonimia, el Señor me rige o me gobierna.

* * *

No puede sino ser aquí conciso y anecdótico decir lo que a estos dos poderes, el temporal y el trascendente, significan en la vida del Rey Fernando.

Exige ser Rey, porque en derecho le pertenece. Legalmente se le elige Rey de Castilla en la asamblea de Valladolid, por la abdicación y decisión de la hábil Berenguela su madre, con apoyo de los obispos de Castilla y aun del Papa Honorio III. Y cuando su padre Alfonso de León pasa violentamente el Pisuerga para apoderarse de Castilla, resiste su hijo en lo que sólo fue una ligera escaramuza, con la intervención también del Papa Honorio:

"Señor padre, rey de León, don Alfonso, mi señor, ¿adónde vos viene esa saña? ¿Por qué me facedes mal e guerra? Yo non vos lo he mercedo; aunque lo que vos facedes, uedarlo podría muy crudamente a todo rey del mundo, mas no puedo a vos, porque sodes mío padre e mío señor, y convieneme de vos sufrir hasta que vos entendades lo que facedes".

Luego su padre lo deshereda, dejando León a Sancha y Dulce, hijas también suyas de matrimonio con Teresa de Portugal. El altercado así causado lo resolverán ambas madres hábilmente, Teresa y Berenguela, con la renuncia de las dos hermanas a rei-

nar, a cambio de una cuantiosa renta anual que aportará Fernando. Así el año 1230 quedan unidos para siempre Castilla y León bajo el cetro de Fernando. A eso le mueve su conciencia de titular de esa gran monarquía que va reteniendo y defendiendo. La misma conciencia que le impulsa con arrojo incansable a la gesta épica de la reconquista de su patria.

Así da Fernando al César lo que es del César. Y de dar a Dios lo que es de Dios, vemos en su vida entera todo un tejido inagotable.

Tres días antes de su boda, después de velar una noche las armas en el monasterio de la Huelgas de Burgos, en presencia del obispo Mauricio, se armó por su propia mano caballero. Hasta el siglo XII tenía la ceremonia un carácter exclusivamente militar. La Iglesia la convirtió en una ceremonia moral y religiosa. A este acto importante de su vida preparábase el candidato con un ayuno de veinticuatro horas, la noche de oración y la confesión y comunión. Con las armas bendecidas sobre el altar después la misa, juraban ser fieles a todos los deberes expuestos en el previo sermón, ser valientes y generosos y poner su espada al servicio de la Iglesia y de los hábiles.

Así Fernando, Caballero de Cristo, refleja en su vida éste que para él fue un anticipado programa.

Intervienen Inocencio III y Honorio III en su elección, en su legitimidad tras el matrimonio nulo de sus padres, en las disensiones con Alfonso IX, en el impulso y medios económicos que aporta ésta que consideran cruzada de occidente, y en el envío de un nuncio que contribuya a la organización de nuestra reconquista; amén de los obispos y alto clero afecto siempre al Rey. Y éste, por su parte, generoso siempre con las recién nacidas Órdenes mendicantes, con las diócesis creadas o revitalizadas en las regiones que se iban conquistando, con la fundación e impulso de las tres grandes catedrales de León, Burgos y Toledo, con su defensa de la fe contra los herejes, con la entrañable amistad de su colaborador en paz y en guerra, el gran obispo Rodrigo Jiménez de Rada, y con todo el cristianismo del único rey santo con que cuenta nuestra historia.

¡Gigante de verdad! Con la ayuda de Dios y su cristiano tesón infatigable, tuvo cuanto puede apeteccer un rey, riquezas en

abundancia, una corte magnífica, una espada invencible, la dirección experimentada de una madre santa, el consejo del genial Jiménez de Rada, la ayuda del gran almirante Bonifaz, la colaboración de excelente capitanes, la adoración de un ejército aguerrido, y el amor inalterable de su pueblo

* * *

Al favor de Dios, se unía en lo humano la clara concepción de un objetivo y unos firmes criterios encaminados a su logro: la orientación cristiana que, como eco de la imperecedera palabra de Dios, persiste siempre en sí misma por más vueltas que den los cielos y la tierra (Mt. 24, 35).

Por eso nosotros, desafiando las vueltas dadas por cielos y tierra en más de siete siglos, seguimos creyendo en la mismísima CIUDAD CATÓLICA, la que desde entonces ha surgido a veces con destellos y fogonazos fascinantes, y a cuya implantación tratamos entusiastas de contribuir, con la protección de San Fernando.

Con fruición recordamos lo que oíamos de aquellos años treinta, que alumbraron periódicas reuniones en Francia de inquietos hombres de bien, preocupados por el rumbo de su patria. Con la fuerza pausada, pero irresistible, de la verdad, que no se oculta cuando se la busca, llegaron a instaurar en Cristo el afán de sus ilusiones. Ya después de la guerra, el año 46, tres hombres con cerebro de Ejercicios Ignacianos, suben a Montmartre el 29 de junio y consagran sus trabajos a Cristo Rey; el mismo día es acogida la nueva obra por la "Reina del Mundo" en la capilla parisiense de la Medalla Milagrosa. Y aquel llamado en su bautismo "Centro de Estudios críticos y de síntesis" es lo que hoy, sin riesgo alguno de ambigüedades o malentendidos, conocemos con el nombre de CIUDAD CATÓLICA.

La expansión posterior era la lógica, dada la naturaleza de la obra. La publicación de la obra fundamental de Jean Ousset Para que Él reine, los encuentros nacionales e internacionales, las publicaciones de revista propia, la fundación y la difusión obsesiva de lo que llamamos con propiedad SPEIRO, sí, con que hasta en grlego decimos "yo siembro", son los frutos lógicos de ese

misma espíritu sembrador, asiduidad y esperanza, con que nos reunimos en esta celebración.

Aquí reconocemos nuestra deuda con los ya desaparecidos, que nos legaron esta tarea y con nosotros la prosiguieron; nos complace reconocérselo con nuestra oración. Los primeros al vernos dirán con el Apóstol Juan: "Mayor gozo no tengo que el de oír que mis hijos caminan en la verdad" (3To. 4).

Y nosotros vemos aquí con el Salmista ¡"qué hermosa es y qué placentera la convivencia de los hermanos en unidad" (132). "Adonde hemos llegado nosotros con los filipenses de Pablo, sigamos adelante por los mismos pasos" (3, 16), y con los corintios acojamos su sentido epílogo: "gozaos, trabajad en vuestra perfección, consolaos, tened un mismo sentir, conservad la paz, y el Dios de la caridad y la paz estará con vosotros" (2 Cor. 13, 11).

Y el Rey Fernando desde el cielo nos bendiga.

DISCURSO DE LUIS FERNANDO DE ZAYAS

Nos reunimos hoy para celebrar la festividad de San Fernando, nuestro Patrón. San Fernando rey cristiano por excelencia y modelo de gobernante católico. De San Fernando se pueden decir muchas cosas pero yo creo que hablar de San Fernando es sobre todo hablar de santidad, es hablar de la Cristiandad, es hablar de la forja de España. San Fernando, es para mí, en primer lugar y sobre todo, un santo, uno de los grandes santos de nuestra patria. Hablar de la santidad de San Fernando es hablar de la vida de un hombre que se entrega totalmente a la voluntad del Padre. De un hombre cuya única preocupación es conocer y cumplir la voluntad de Dios Padre. Ya desde joven, al acompañar el féretro de su abuelo Alfonso VIII, comprendió que poco valían las glorias terrenas, que con la muerte todas desaparecerían. Percibe que las únicas ciertas, eran las glorias celestiales y a ellas decide entregar su vida.